

# **Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección**

*Lope de Vega*

Al muy Ille. señor don Hi[eróni]mo Manrique del Q[onsej]o Supremo de Su Mag[esta]d de la sancta general Inquisición.

Considerando (M. Ille. señor) los días pasados en qué pudiera enplear los desocupados ratos que del servicio de V. m. resultan, allé que en ninguna tan justamente se enplean como en obras de devoçión, prinçipalmente en ésta a quien todos con tanta razón estamos obligados, que no es otra cosa (verdaderamente) sino una piedra ymán que las más remotas almas del servicio de tan alto misterio así la[s] atra[h]e tan de beras, que abrazando (de corazón) la cruz de sus trabajos, siguen aquel que tan de buena gana con la suya le sirbe de capitán y guía contra el enemigo exército del demonio; así yo atrahido d[e] esta dibina piedra, quise en la contenplaçión d[e] estos misterios publicar el sentimiento a que la memoria de tanta pena nos obliga. Bien sé que alguien dirá que a sido atrevimi[ento] querer seguir sujeto que después de quatro dibinos ebangelistas an seguido y imitado tantos peregrinos ingenios. Pero tendré disculpas diziendo que tan alta istoria y balerosas hazañas de tan heroico príncipe an de ser de nuebo cada día tan sentidas y dibulgadas que las coxan todos con abundançia el berdadero fin. Mas porque para tan pequeña obra exçede ya la epístola, es justo límite no más de que V. m. resçiva este mínimo servicio como del más mínimo de sus criados de V. m., cuya muy ilustre persona nuestro Señor guarde y en estado aumente, como todos deseamos.

V.L.m.a. V.M. su menor criado Lope de Vega

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte de Nuestro Señor  
Jesucristo, con su Sagrada Resurrección

No la fiereza de Belona y Marte,  
no del amor el dulce estilo canto,  
no de bana fiction siguiendo el arte,  
no heroicos hechos de temor y espanto,  
no las impresas de enemiga parte,  
no las mentiras del fingido encanto,  
no los tropheos, triumphos y victorias,  
que no me preçio, no, de humanas glorias.

Primero Misterio

Fiereza canto, o Marte, canto y guerra,  
amores canto de un heroico pecho,  
los hechos canto del que en cielo y tierra  
dignas hazañas de memoria ha hecho;  
impresas canto del balor que encierra  
el que el mundo ganó con solo un hecho  
tropheos soberanos y victorias,  
preciándome cantar dibinas glorias.

Canto aquellos misterios dolorosos  
de la pasión y muerte que dio vida  
a los humanos hombres temerosos  
de quien no fue tal gloria conocida,  
canto los llantos tristes, lastimosos,  
de una princesa y reina esclarecida  
de cuya pena triste hará memoria  
el ronco pecho de mi amarga istoria.

No inploro el fiero y apolíneo aliento,  
pues d[e]él y de sus musas la mía huye,  
que a ti, divino Apolo, ba mi intento  
[y] el fin del saver en ti concluye.  
Y tú, sacerdotisa, a mi lamento  
tu néctar celestial y ambrosía influye;  
inspírame saver, Virgen clemente,  
pues presente estuviste en lo presente.

Comiéndose la istoria dolorosa  
acompañen mis lágrimas la pluma,

llore mi alma triste, temerosa,  
y en suspiros se abraza y se consume,  
sienta mi corazón la rigurosa  
pena y dolor en lamentable suma  
y mientras sigo tan lloroso estilo  
nazca de mis dos ojos otro Nilo.

El Hijo eterno del eterno Padre  
el rey del cielo inírico, mar y tierra,  
el que nació de aquella Virgen madre  
en quien la celestial virtud se encier[r]a  
porque su exçelso amor con obras quadre,  
porque Satán no haga al mundo guerra  
con tres soldados de su compañía  
al huerto, triste, con dolor, subía.

Pedro se llama el d[e]ellos más añçiano  
el que más joven Juan y el otro Diego,  
con estos tres su poderosa mano  
se determina de acometer luego  
y aquel príncipe de lo soberano  
de amor del hombre derretido en fuego  
a solas se halló en el solo huerto  
del pecho saca su dolor cubierto.

Y como ya su pena le afligía,  
d[e]esta suerte les habla suspirando:  
«Triste y aflita está el alma mía  
hasta la muerte. Aquí espera orando  
e ya apartado de su compañía,  
mortales ansias y t[h]emor pasando  
con un mortal dolor sangriento y frío  
al Padre eterno dize: «Padre mío,

Si es posible, Señor, pase de mí  
aqueste triste cáliz de amargura,  
y no como yo quiero, pero en mí  
tu voluntad se cunpla eterna y pura».  
Con lágrimas pedía fuese así  
y con sudor de sangre que la dura  
tierra ablandava, que de amor se abría  
y las ardientes gotas resçevía.

Lebántase Jesús y ba mirando  
sus apóstoles todos ya dormiendo  
y dixo a Pedro: «¿Cómo que belando  
no pudiste una ora estar pudiendo?

Belad y orad, guardaos no bais entrando  
en tentación, pues entendéis y entiendo  
qu[e] está pronto el espíritu aparejado  
pero la carne enferma abes cuidado».

Con esto buelto a orar muy angustioso  
gotas de rosa sangre derramava  
por aquel rostro tímido y ansioso,  
que de sudor divino destilava,  
y dixo: «Padre mío poderoso,  
si este cáliz, sino es que d[e]é1 gustava,  
pasar de mí no puede, qual desea  
tu voluntad en mí cunplida sea».

¡Quién biera, ay Dios, tenblar de belle el çielo,  
los ángeles muy tnstes lamentando!  
¡quién biera en aquel güerto y berde suelo  
las tiernas yerbezillas tremolando,  
los árboles mostrando pena y duelo!  
con el son de las ojas están dando  
un temeroso espanto dolorido  
al pájaro que en ellas haze el nido.

La tierra está vesando las rodillas  
y algunas vezes la dibina cara,  
y indigna de vesar tales mexillas  
huye y de lo tocar se muestra abara;  
también las pequeñuelas yerbezillas  
biendo tocarse de la efigie clara  
resçiven humilladas la faz pura  
bolbiendo en seda su aspereza dura

Después de aber el buen Jesús orado  
la vista en sus apóstoles rebuelbe,  
belos estar en sueño sosegado  
y sin hablar tercera vez rebuelbe.  
E ya después que al Padre a suplicado  
lo que en la oraçión dicha se resuelbe  
un ángel del inpíreo çielo abaxa,  
que consolarle en su dolor trabaja.

El mensajero alado como llega,  
de rodillas tenblando se le pone,  
a darle biene la espantosa nueba  
y lo qu[e] el Padre a Jesús le dispone.  
Que humano entendimiento no remueba  
nuebo dolor y con amor propone

de temer a su Dios si está mirando  
ángeles, çielo, tierra y mar tenblando.

El ángel, pues, con dolorido açento  
le dize: «O gran señor de tierra y çielo,  
açotes y corona represento,  
clavos y cruz, dolor, tormento y duelo  
esta esponja, y la lança qu[e] el sangriento  
costado pasará por el consuelo  
de la generaçión que tú heziste,  
por cuyo amor al suelo desçendiste».

¿Quién no tienbla, pues be temer ansina  
la muerte a aquel qu[e] es bida soberana?  
No teme, no, la parte que es dibina,  
padesçe este t[h]emor la que es humana.  
Ay, alma mía, ¿quién te descamina  
de conosçer tu libiandad profana,  
Teme la muerte, su terror te assonbre,  
pues Dios teme la muerte en quanto a onbre.

Cunplida la enbajada el mensajero  
con prestas alas por el aire hendiendo  
desapareçe, y queda allí el cordero.  
Un poco consolado, aunque gimiendo,  
buelbe a su conpañía lastimero  
y belos otra bez estar durmiendo  
puesto en descuido lo que dicho abía,  
y a todos en común así dezía:

«Dormid y descansad, que ya la ora  
se açerca, do será el Hijo del honbre.  
entregado en la mano pecadora  
con más injusto que debido nonbre.  
Sue, bamos, lebantaos, beréis agora  
el que me a de entregar y n[o] os asonbre  
lo que beréis, tened mayor cordura,  
que de cunplirse tiene la escritura.

Aquesto dicho, beisle, aquí benía  
Judas, que el uno de los doze [h]era,  
con grande turba multa en conpañía  
de aquella jente farisaica y fiera.  
Su espada y lanza cada qual traía  
como si contra [h]ejército biniera  
de los saçerdotales prinçipados  
y de los más ançianos inbiados.

La canalla sathánica y maldicta  
con orgullo y furor ablando vienen,  
a beçes aguijando mueben, grita[n],  
otras callando un rato se detienen,  
Al falso Judas cada qual inçita  
y al benidero asalto se prebienen,  
y aunque ban a prender tan solo un hombre,  
no ay hombre que de miedo no se asombre.

Ya descubren las luzes encubiertas,  
ya llegan donde el Rei dibino aguarda,  
y[a] acechan por las tapias y las puertas  
y su deseo injusto se les tarda,  
ya dexan las espadas descubiertas,  
la maça, pica, lanza y alabarda.  
¡Quién be tanto traidor puesto y armado  
para un justo que aguarda desarmado!

Muertos ya por entrar mueben ruido  
qual en la guerra el enemigo suele,  
quando sale de donde está escondido  
qu[e] el uno al otro se renpuja e inpele.  
Ansí el bando plutónico a corrido  
y unos a otros dizen: ¡ele, ele!»  
Judas con un espíritu diabólico  
sosiega el bando pérfido colérico.

Las nocturnas linternas ya llegaban,  
las lanzas çerca ya resplandezían,  
con la luz clara que las luzes daban  
açicaladas armas reluzían,  
por la enramada puerta al huerto entraban  
con grande vozerío que traían.  
Jesús de[e]esta manera les dezía,  
como lo benidero ya sabía.

«¿A quién buscáis?» Y todos respondieron:  
«A Jesús nazareno, el rei del çielo».  
dixo: «Yo soi». Y oyéndolo cayeron  
todos como benían en el suelo.  
Otra vez dixo «¿A quién buscáis?»; dixeron:  
«A Jesús». Luego él con sancto çelo,  
mirando su querida conpañía  
este razonamiento respondía:  
«Ya [h]os dixे por dos vezes que yo [h]era.  
Si a mí buscáis, dexad ir a esta jente»,

para que la escriptura se cunpliera,  
que dize y al propósito se siente:  
«No consentí que alguno se perdiera  
de los que tú me diste». Y al presente  
hizo el traidor la seña conçertada  
vesando aquella faz diba sagrada.

«Ave ravi» le dixo el traidor moço.  
Jesús le dixo: «Amigo, ¿a qué beniste?»  
Luego con grande estruendo y alborozo  
acometieron a quien no resiste;  
préndenle con ruido, grita y gozo,  
mas Pedro, qu[e]esto bio con uno enbiste  
llamado Malcho, que de aquestos [h]jera  
y a cercén se llebó la oreja entera.

Jesús le dixo: «Pedro, en el momento  
enbaina tu cuchillo, ¿por ventura  
quieres con tan audaze pensamiento  
que no beba este cáliz de amargura?  
Cualquiera que con hierro da tormento  
con hierro le darán la muerte dura».  
La oreja pegó a Malcho y esto haziendo  
a Pedro bolbió y dixo prosiguiendo:

«¿Piensas acasso, Pedro açelerado,  
que rogar a mi Padre no podría,  
el qual de su çeleste e inperio estado  
dos mill y más legiones me enbiaría?  
Mas como lo qu[e]está prophetizado  
si así no fuese, di, ¿se cunpliría?  
A Pedro dexa y a la jente fiera  
serenamente abló d[e]esta manera.

«Qual a ladrón abéis a mí salido,  
cada cual de bosotros muy armado,  
mas ¿cómo no me abéis, dezí, prendido,  
pues con vosotros en el templo he estado?  
Echo es aquesto porque se ha cunplido  
lo que muy muchos an prophetizado».  
Los disçípulos tímidos, que oyeron,  
desanparando a su señor huyeron.

El conbento sacrílego y maldito  
lo lleba aprisa con airado estruendo,  
qual ban abofeteando al infinito,  
qual la dibina faz [le] ban escupiando,

qual del sacro cavello tan bendicto  
le ba tirando y de la varba asiendo,  
qual le da con el cabo de la lanza  
y ¡cómo rabia aquel que no le alcanza!.

¿Qué cabello tal siente y no se [h]eriza,  
qué corazón tal siente y no se ablanda,  
qué alma tal siente y no se atemoriza,  
de ver su Dios y su señor cuál anda?  
¿Quién con dolor eterno no eterniza  
la memoria de ver la hermosa y blanda  
carne dibina con dureza tanta  
llebar con una sog a la garganta?

¡Ay, Señor de mi alma, quién pudiera  
los puntapiés y cozes que os ban dando  
rescivillos, ¡Jesús, cómo lo hiziera!,  
de los que os ban, Señor, atormentando!  
¡O mano cruel, o furia carnizera!  
O pueblo iniquo, pérfido, nefando,  
O dibina bondad, o virtud sancta,  
que al çielo atemoriza, al suelo espanta!

Contempla, o alma triste, entristezida  
este misterio y mira de qué suerte  
ba el buen Jesús por darte eterna bida  
padesçiendo como hombre infausta muerte.  
Mira la suma potestad venida  
a sujetarse a género tan fuerte  
de contumelias y de afrentas duras  
de tan biles y soezes criaturas.

Alma, dile entre ti «mi Dios, rei mío,  
¿qué os muebe a padesçer mal tan estraño,  
qué obras[h]os hizo el hombre fiero, inpío,  
que por su bien tomáis un mal tamaño?  
Contenpla su dolor y haziendo un río  
tus ojos dos publiquen tanto daño.  
y si acaso en ti ya tal pena bibe,  
al segundo misterio te aperçibe.

Fin del Primer mist[eri]o.

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

Copyright Universidad de Alicante, Banco Santander



Central Hispano 1999-2000

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

Segundo misterio

Salga del ronco y ençendido pecho  
al canto triste, miserable, amargo,  
que de mi duro corazón desecho  
en mísero lamento y llanto largo  
y para caminar tan duro trecho  
y resçibir en hombros tanto cargo  
deme favor aquel cuyo tormento  
canta mi pluma en doloroso açento.

O mi saçerdotissa y mi Sibila  
de aquel pecho dibino y sacro oráculo  
mi entendimiento guía, ingenio afila,  
dame para pasar tu fideo báculo,  
y al corazón, que lágrimas destila,  
ebítale cualquiera humano obstáculo  
y dame del secreto que alcançabas  
quando, durmiendo, el pecho esquadriñabas.

Ya el rei de bida en la coluna atado  
está esperando que las manos crudas  
con fieros golpes y furor doblado  
ronpan las almas carnes ya desnudas.  
Ya de su ropa Cristo despojado  
espera que las puntas más agudas  
ofendan aquel cuerpo soberano  
de la crueldad de la judaica mano.

¡Ay, quién le be desnudo al que ha bestido  
el mundo todo con su mano eterna!  
¡Ay, quién le be esperando a un poste asido  
con un cordel el braço y mano tierna!  
¡Qu[e] el hombre que crió tan atrebido,  
instigado de Alecto, furia inferna,

ponga las manos en su cuerpo sacro  
tocando aquel dibino simulacro!

Ya los verdugos y nefanda jente  
las bergas lían, atan y aparejan,  
ya ablan entre sí tácitamente  
y de dalle muy recio se aconsejan,  
ya su deseo por vengarse ardiente  
en cumplimiento de las obras dejan,  
ya buscan vergas, juncos y cordeles,  
por conponer açotes más crueles.

Ya las cuerdas con rezió ñudo añudan  
y d[e]jellas con el pie y la mano tiran  
ya del bano trabajo todos sudan  
y al buen Jesús qu[e] está callando miran  
apenas ben la bía quando acudan  
y menos hazen mientras más estiran  
porqu[e] el deseo i priesa les hazía  
su presta boluntad luenga y tardía.

¡Ay, que me tienblan ya las carnes mías  
de ber alçar las manos despiadadas  
de aquellas enemigas conpañías  
en crueldad horrible exerçitadas!  
Entrañas duras como piedra frías,  
¿que [h]os hizieron las carnes deificadas?  
que ansí con tal fiereza duramente  
un cuerpo maltratáis tan innoçente?

Peçina horrenda del Cozito inmundo,  
canalla triste, bárbara y esquiba,  
açelerada jente que en el mundo  
sin luz bibís y d[e] ella el çielo os priba,  
mirad esa humildad y amor profundo  
abrid los ojos biendo la luz biba  
del que con una mínima çentella  
la tierra abrasara y quanto ay [e]n ella.

¡O coluna dichosa que en ti atado  
tienes al rei de la çeleste esfera!;  
Con ser tu corazón mármol labrado  
paresçe que te ablandas como çera,  
pues si una piedra dura se a ablandado  
deber al buen Jesús d[e]esta manera,  
más es que piedra el corazón del hombre,  
pues de demonio cruel resçive nonbre.

¡Ay, alma triste, qu[e] el dolor te espanta  
llora cuitada con eterno llanto,  
mira tu Dios del quello hasta la planta  
lleno de heridas penetrantes tanto,  
mira los cardenales que lebanta  
un açote cruel de hórrido espanto  
mira de roja sangre el largo rastro  
que t[h]iñe el cuerpo hermoso de alabastro.

De las heridas que en su cuerpo ençierra  
mira el arroyo manantial que corre  
y que, aunqu[e] es rei del çielo y de la tierra,  
ni el çielo ni la tierra le socorre;  
mira quál los dibinos ojos çierra  
porque la furia e inchazón se borre  
de los que sin paçiençia padeçemos.  
los trabajos pequeños que t[h]enemos.

Tanta humildad, cordero manso y tierno,  
tanta humildad, señor del çielo astrífero,  
tanto sufrir, mi Redemptor superno,  
por dar al hombre medio salutífero,  
alabenos los çielos, tierra, infierno,  
que con dolor tan áspero y mortífero  
queréis oy redimir a la criatura,  
pudiendo no pasar pena tan dura.

¡Ay, crueles manos, manos despiadadas,  
pechos ferozes, pérfida biolençia!  
¿qué os muebe a mostraros tan airadas  
osando ansí ofender la omnipotençia?  
Seráphicas legiones ensalzadas,  
¿cómo no hazéis alguna resistençia?  
Tierra, ¿cómo tus hijos no arrebatas,  
pues que con ellos tu hazedor maltratas?

O dura tierra, ¿cómo no los tragas?  
O tierra dura, ¿cómo no los hundes?  
¿No bes las crudas y cresadas llagas?  
por-qué, enemiga cruel, no los confundes,  
antes creo te huelgas y repagas  
del gran contento que en tu çentro infundes  
biendo qual sobre ti tienes elada  
la soberana sangre derramada.

O alma mía como piedra dura

quebrántete tan grave sentimiento,  
gime y llora tu amarga desventura  
por quien le dan a Dios tan cruel tormento.  
Haz, alma, sendas fuentes de agua pura  
aquesos ojos y ese pensamiento  
poned en Dios, diciendo «O padre mío,  
¿cómo consiente tal tu poderío?»

¿Cómo que las criaturas que criaste  
y de un poco de lodo los heziste  
consienta tu bondad que sin contraste  
le den a puros golpes muerte triste?  
Bien pudieras, Señor, sin que se gaste  
tanta preciosa sangre que bertiste,  
el mundo redimir, pero has querido  
dar muestra del amor que le has t[h]enido.

En la coluna estáis, Jesús, callando  
y çufriendo dolor por la criatura,  
por la criatura que os está açotando  
con una crueldad tan inpía y dura.  
Él la muerte cruel os está dando  
y bos çufriendo dais bida segura,  
y para el grande amor que le t[h]enéis  
os paresçe qu[e]es poco lo que hazéis.

¿Qué humano puede aver tan duro y fiero  
que biénd[o]os, mi Señor, d[e]esta manera  
no aflixa, ablande el corazón de azero  
y el alma triste a que por bos se muera?  
¿Quién no tienbla, Dios mío vedadero,  
biendo qu[e]está tenblando la alta esphera  
de veros, mi Jesús, a un poste atado  
y al pecador enbuelto en su pecado?

Contenpla, o alma mía, al rei sagrado  
qual baxa por la ropa mansa mente  
después que cruda mente fue açotado,  
y el dolor que en bestilla pasa y siente;  
aquel cuerpo contenpla lastimado  
de la perbersa y más que iniqua jente,  
siente su pena y tenla en la memoria  
porque sientas el gozo de su gloria.

Fin del segundo misterio

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

Copyright Universidad de Alicante, Banco Santander  
Central Hispano 1999-2000

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

Buelba mi pluma al misterioso canto  
baya adelante el doloroso estilo  
no çese un punto al lamentable llanto  
ni el licor tan amargo que distilo;  
ya me desmaya el amarillo espanto,  
ya cesa de las lágrimas el hilo,  
ya muere con pesar el canto amargo  
que mi turbada pluma toma a cargo.

O tú, que con tu ayuda me levantas  
y sublimas el flaco entendimiento  
para que cante las angustias santas  
del azedor del alto firmamento,  
concédeme tus manos sacrosanctas  
para que en el furor de tal tormento  
no quede el alma flaca desmayada  
llebada al dulce fin de la jornada.

Tercero misterio

Ya la canalla vil, bárbara, horrenda,  
de cansada y molida está sentada  
para bolber de nuebo a la contienda  
con nuebo aliento y bida descansada.  
¡Ay, rei del çielo, no ay quien os defienda!,  
todo el mundo os ofende a mano armada,  
siendo bos la defensa que en la tierra  
al enemigo sathanás destierra.

Ya los monstruos plutónicos tomando  
una corona de espinoso espino  
la caveza le están atormentando  
con gruesos palos de nogal y pino  
y las dibinas sienes penetrando  
del cordero manssísimo dibino  
están con un furor cruel horrendo  
de su bondad dibina escarnesçiendo.

No adorna la corona algún carbunco,  
amatista, jaçinto o esmeralda  
porque buscaron el marino junco  
e marítimas islas por la falda  
y en los riscos de un áspero espelunco  
buscaron çarças para la guirnalda;  
éstas ponen y puntas penetrantes  
en lugar de caffí, rubí, diamantes.

¡Ay, qu[é] es posible, ay Dios, que al rei eterno  
de çielo y tierra tal corona pongan,  
aquel çelebro delicado y tierno  
de çarças espinosas le conpongan  
y con orgullo y con furor inferno  
a tal atrebimiento se dispongan!  
¡Ay rei y Señor mío, ay rei sagrado,  
de inmériata corona coronado!

¡Ay, Señor, que corona es esta amarga,  
amarga y triste y rígida corona,  
corona cruel que con angustia larga  
buestra cabeza dibinal corona!  
Muy pesada es, Señor, la dura carga  
que çufre v[uest]ra [h]única persona  
por el ingrato pecador maligno  
que tanto daña cuerpo tan dibino.

Mill palabras de injuria le dezían,  
mill bofetones y puñadas daban,  
la immaculada cara l[e] escupían  
y con mano cruel desfiguraban,  
de su humildad dibina escarneçían;  
e ya que los crueles se cansaban  
bisten aquel qu[e]es vida dulce y única  
una purpúrea beste[n] como túnica.

Pónenle luego en las atadas manos

una caña por çetro real y insigne  
y con los fieros jestos inhumanos  
para qu[e] el pueblo contra él se indigne  
a bozes ban diziendo los tiranos  
por que mejor su intento se encamine:  
«Sálbate, Dios, o rei de los judíos»,  
martirizando aquellos mienbros píos.

Después de maltratado Jesucristo,  
Pilatos le sacó con la corona,  
dize «Beis aquí el hombre», y siendo visto  
por cada qual la voz en alto entona,  
diziéndole: «Si quieres ser vienquisto  
y que biba quieta su persona,  
Cruçifícalo luego, cruçifícalo  
y a descarnada muerte sacnfícalo».

Pilatos, que maneras mill vuscaba  
como librarle, díxoles: «Tomaldo,  
y pues lo deseáis con fuerça braba,  
al punto en una cruz crucificaldo.»  
El pueblo, que su muerte deseava  
al punto que oyó dezir «llevaldo,»  
le dizen cada qual «de nos lei tiene,  
y lei que en sí verdad y virtud tiene.

Según ella meresçe aqieste hombre  
la muerte que pedimos, y es muy justo,  
porque de fijo de Dios usurpó el nonbre  
y no la dando, juzgas como injusto».  
Pilatos, qu[e]esto oyó de tal renonbre  
tenblando le quedó el pecho robusto,  
y entróse por saver en qué consiste  
en el pretorio temeroso y triste.

Qual el que en alta mar corre tormenta  
y es de los quatro vientos conbatido  
y no save a qué parte tenga cuenta  
en barios pensamientos sumergido,  
ansí Pilatos triste se presenta  
de mill varios temores conpelido,  
tan pensatibo que su pena dura  
çertidunbre ninguna le asegura.

Al fin por ver si d[e]él saver podría  
alguna cossa, dize: «¿Qué heziste,  
amigo, de dónd[e] eres? Por qué bía,

por qué manera y modo a mí veniste?»  
Jesús palabra no le respondía.  
De que se siente el presidente triste  
y concibiendo en sí un coraxe fuerte,  
con jatançia le dixo d[e]esta suerte:

«¿No sabes que yo tengo potestad  
para, si quiero yo, darte la muerte,  
y para darte dulce libertad,  
alegre vida y venturosa suerte?»  
A lo qual la divina Magestad  
responde umilde a su soberbia fuerte:  
«Tu potestad sobre la mía es nada,  
si no te fuese de lo alto dada».

«Mas, ¡ay de aquel que a ti me truxo, digo  
qu[e]este sin falta tiene más pecado,  
aqueste llebará justo castigo  
pagando bien el daño que a causado».  
Con tal respuesta el pérfido enemigo  
quedó tan temeroso y tan turbado  
que en mill modos procura por libralle,  
pero el pueblo no quiere lugar dalle.

Dizenle: «Si a éste libras tú, sin falta  
de Çésar enemigo serás grande,  
acaba ya con él, di qué te falta,  
hazlo porque no más en el pueblo ande,  
no quieras por tu loca inchazón alta  
qu[e] éste con su doctrina se desmande».  
Ponçio, que oyó su furia y grita fiera,  
al Redemptor al punto sacó fuera.

En su potente tribunal sentado  
informarse quería y procuraba,  
qu[e] el t[h]emeroso pecho lastimado  
mill nuevos pensamientos sospechava.  
¡O bano pueblo, iniquo, o juez malbado,  
o furia endemoniada, ardiente y brava,  
o moradores del infernal lago,  
qual se os ordena temerario estrago!

Ya la mitad de la çeleste esfera  
el délphico señor corrido abía  
y por su fuerza penetrante y fiera  
la seca tierra como fuego ardía,  
quando Pilato que en qualquier manera



al redemptor la vida defendía,  
poniéndose en mitad de aquella grey  
«Bes aquí, dize, amigos, v[uest]ro rei».

Ellos clamando con horrible estruendo,  
diziendo están «no, no le beamos,  
quítale, dizen, con tumulto horrendo,  
clávale en una cruz qual deseamos;  
su muerte todos te estarán pidiendo,  
si no permites que bengados seamos».  
El presidente que lo tal oía  
d[e]esta manera al pueblo respondía:

«¡A v[uest]ro rei queréis, o jente loca,  
quite la vida y dé afrentosa muerte!»  
Luego la iniqua jente con no poca  
soberbia y furia dize d[e]esta suerte:  
«Nuestro inperio y corona a Çésar toca,  
no conosçemos otro rei más fuerte,  
aqueste inbicto príncipe tenemos  
y como a exçelso rey obedesçemos,

El presidente, el alboroto viendo  
de aquellos fieros monstruos inhumanos  
y que no [h]era posible defendiendo  
libralle del furor de los tiranos,  
en presençia del pueblo qu[e]está oyendo,  
agua tomando, se labó las manos  
diziéndoles: «Ansí quedo innosçente  
de la sangre del justo qu[e]es presente».

«Sobre nosotros, dize el pueblo inpío,  
y sobre nuestros hijos caiga y benga  
la sangre suya», y con feroçe brío  
defienden su opinión con falsa arenga.  
El Presidente, viendo que desbío  
no ay que procurar puede ni que tenga,  
dióles el fraudalento que pedían  
y aquel que justo sin razón hazían.

Y a nuestro Dios y Redemptor vendicto  
se lo entregó al iniquo pueblo infando,  
el qual con alarido y raudo grito  
mill voces y alboroto lebandando  
resçiben a Jesús rei infinito,  
que darle muerte estaban deseando;  
y con furia cruel luego truxeron

la cruz pesada que llebar le hizieron.

¡O jente falsa, jente endemoniada  
ministros del triphauçe cançerbero,  
en la [h]arenosa Libia criada  
de algún serpiente venenoso y fiero,  
y tigres de la Ircania enponçoñada  
¿qué os haze la umildad d[e]ese cordero  
que tan sin culpa pronunçiáis sentençia  
sin rectitud, sin [h]orden y conçiençia.

¡Ay, alma mía, mira al rei eterno  
a muerte como reo sentençiado,  
mira su cuerpo delicado y tierno  
a golpes temerosos quebrantado,  
llora dolor tan áspero y interno,  
pues d[e]é1 a sido causa tu pecado.  
Mas ya si tanta lástima as sentido,  
para el quarto misterio te concibo.

Fin del Terçero misterio

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

Copyright Universidad de Alicante, Banco Santander  
Central Hispano 1999-2000

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

El alma triste de dolor y pena,  
de suspiros y angustias rodeada,  
despida en abundosa y larga bena  
el ansí que la tiene lastimada,  
ya del gusto del mundo libre, agena,

del todo dibidida y apartada;  
sienta de nuevo el triste sentimiento  
nueba pena, dolor, nuebo tormento.

Agora es tienpo, dulce norte mío,  
que baya tu dibina y sacra estrella  
guiando con dibino poderío  
y con tu mano poderosa y vella  
mi contrastado y tímido nabío,  
que en sintiendo que sienta el favor d[e]ella  
no temerá de aqueste mar las rocas  
ni de las peñas las abiertas vocas.

#### Quarto misterio

Ya la perbersa jente açelerada  
iniqua, infame, pérfida, avatida,  
en los dibinos honbros la pesada  
cruz tienen puesta al alto rei de bida,  
y de la jente y guarda aparejada  
que para el caso estava aperçibida,  
reluçen ricos y azerados trajos  
con dibersas colores de plumajes.

A puerta avierta salen de palaçio  
mobiendo un largo y polboroso estruendo;  
Jesús no puede ni aun andar despaçio  
y a puros palos hazenle ir corriendo;  
y aquel dibino cuerpo flaco y laçio  
con una larga y gruesa sogas asiendo  
tiran, maltratan, dañan y desuellan,  
matan, renpujan, cargan y atropellan.

La romana vandra ba delante,  
de sus antiguas letras estanpada,  
labradas de oro, título arrogante  
de los romanos, jente en guerra usada  
de armas, corazas, petos, cotas de ante,  
multitud ba detrás de jente armada  
con picas, lanzas, maças y alabardas,  
plumas azules, verdes, blancas, pardas.

Ba por el aire el grito de la jente  
el çielo cubre el polbo en nube espesa,

el tropel de caballos se oye y siente,  
quál cruza, cuál se ba, cuál se atrabiesa,  
quál llega y con la lanza de repente  
con el robusto brazo y fuerza tiesa  
«Aparta, aparta», dize atropellando,  
el redemptor dibino derribando.

Como el peso [h]era grande que llebaba  
y con los crudos golpes que çufría  
con ella a cada paso arrodillava,  
y ellos allí creyeron moriría,  
pensaron como el cuerpo tal estava  
que ya cruçificado no sería,  
y ansí buscaban que alguien le ayudase  
por que el aliento y bida le durase.

Al çirineo Simón que de la villa  
venía en el camino le encontraron  
y aunque bien procuraba rehuilla  
la cruz pesada a un cabo le cargaron.  
El pueblo muebe grande maravilla,  
tiembla la tierra biendo lo que usaron,  
los del caberno lloran y se espantan,  
los padres sanctos en el linbo cantan.

Las dueñas castas que a Jesús seguían,  
viendo su gran dolor, terrible y fuerte,  
todas juntas lloravan y gemían,  
sintiendo en lo más íntimo su muerte.  
Jesús quando las bio que ansí plañían  
con voz humilde dixo d[e]esta suerte:  
«Por mí, hijas amadas, no lloréis,  
sí por bos y los hijos que t[h]enéis.

Que un día bendrá y diréis con gran fortuna  
vendictas las que estériles bibieron,  
los pechos que no dieron leche alguna  
y los bientes que nunca conçibieron;  
montes, caed y sin piedad ninguna  
hundidnos en los çentros que os subieron,  
no veamos la cara desdichados  
del que a de perdonar n[uest]ros pecados.

Que si a mí se me da tan gran tormento,  
siendo madero verde, ¿qué será  
del seco y triste y sin ningún sustento,  
pues tal dolor le dan al que le da?

¿Qué será del balor de baxo intento,  
que tantos males oy causado ha?»  
Aquí çesó, que los que lo llebaban  
para ablar lugar no le dexaban.

La sangre que salía del çelebro  
cómo la bista soberana cubre,  
cómo oscureze ya de color negro  
el ancha bía y el camino encubre  
y aquel pueblo dezía: «Yo me alegro  
de ber cómo su muerte se descubre».  
El redemptor dibino pidió un paño  
para linpiarse aquel dolor estraño.

Una vendicta dueña, que mobida  
de gran piedad oyó lo que pedía,  
dióle su toca propia al rei de bida,  
que otra cosa presente no tenía;  
quedó la diba faz allí esculpida  
con el sudor y sangre que corría,  
tan biba y natural que pone espanto  
y a quien la bía muebe a tierno llanto.

¡O faz dibina, o frente penetrada,  
o berdes, claros ojos, dulces, vellos,  
cuya luz es del sol tan enbidiada  
que, si alguna luz tiene, sale d[e]ellos!  
¡O boca en sangre por mi mal bañada,  
ay arrancada varba, ay los cabellos,  
ay mi Jesús, quál bais, Señor herido,  
de polbo y sangre y de sudor t[h]eñido!

¡Ay, cómo siento yo veros ansina,  
ay qual pesan, Señor, los mis pecados,  
que os traen esa espalda tan dibina  
y aquesos sacros honbros quebrantados!  
¡O paçiençia veactifica, benigna,  
padezca parte yo d[e]esos cuidados,  
sienta yo el ber a mi Jesús querido  
de polbo y sangre y de sudor t[h]eñido!

¡O rei del cielo, grande fuerza tiene,  
el amor, pues te ha hecho tanta guerra  
que de tu silla y potestad solenne  
tan abatido te abajó a la tierra!  
¿Qué ganança, qué bien, qué gloria os biene,  
que por canalla tan horrenda y perra

vais con esa cruz tan abatido  
de polbo y sangre y de sudor t[h]eñido?

¡Ay, qual suenan los hórridos pregones,  
la tronpeta vastarda y ronca tronpa,  
vastante a entristezer los corazones  
y hazer qu[e]el alma de dolor se ronpa!  
Y metido bais entre esos esquadrones  
con abatida y desdichada ponpa,  
coronado, açotado y escupido,  
de polbo y sangre y de sudor t[h]eñido.

Contenpla, o alma, al Hijo poderoso  
del rei çeleste de la inperea esphera,  
contenpla este misterio doloroso,  
pues ya lo lleban a que por ti muera.  
Mira el llagado cuerpo triste, ansioso,  
en el poder de tanta jente fiera,  
míralo y si te atrebes a oír su muerte,  
este misterio que se sigue adbierte.

Fin del quarto misterio

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

Copyright Universidad de Alicante, Banco Santander  
Central Hispano 1999-2000

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

Agora agora vengan con más ánimo,  
lágrimas nuevas, nueva pena dura,  
agora, corazón tan posilánimo,  
llorad de nuevo nueva desbentura;  
y aunque no ay duro corazón magnánimo  
que tenga en tal dolor fuerza segura,  
saca tu agora fuerzas de flaqueza

para bolber de nuebo la tristeza.

Y agora quiero yo que no me dexes,  
o tú, que en este trançe me as traido,  
agora quiero yo que me aconsejes,  
agora quiero yo ser socorrido,  
agora quiero yo que no te alexes  
mas que me llebes de la mano asido,  
porque del duro y miserable trange  
al benidero gozo aliento alcançe.

#### Quinto misterio

Ya por el triste monte se esparzía  
el pueblo que a Jesús aconpañaba,  
la jente de a caballo ya subía  
y el concurso del bulgo desbiaba,  
Llegados, pues, con grita y vozería  
donde el torpe deseo deseaba,  
en alta cruz tendieron en el suelo  
para clavar en ella al rei del çielo.

La vestidura pobre que llebaba  
con furia de las carnes le quitaron,  
y como con la sangre asida estava,  
que los açotes crudos se secaron,  
con el vigor que cada qual tirava  
mill pedaços de carne le arrancaron.  
Contempla, alma, dolor tan rezio y fuerte,  
más espantoso y fuerte que la muerte.

Luego al Señor sobre la cruz tendieron  
y las señales luego señalaron  
donde sus sacros braços estendieron  
y donde los dibinos pies llegaron.  
Esto hecho, luego lebanarle hizieron  
y la cruz señalada barrenaron  
y tendiendo otra bez la sacra mano  
la clava un sayón duro y inhumano.

Pasados a enclavar la mano sancta  
qu[e]el dolor de la diestra le faltava,  
no llegava, o Señor, que esto me espanta,  
adonde el agujero echo estava.

Atáronle una soga y fuerza tanta  
pusieron en tirar que ya llegava,  
los pechos sacros le descoyuntaron  
y las tiernas ternillas le arrancaron.

Clavado ya su cuerpo soberano,  
la cruz leban tan y en el pie pusieron;  
de los pies tiran con furor tirano  
y qual las sacras manos puestos fueron  
aqueste fue el dolor más inhumano  
de todos quantos daños le hizieron.  
Aqui el divino cuerpo descoyuntan  
y quantos huesos ay se descoajuntan.

Y por mayor desonra y más pasiones  
que aun hasta el postrer punto le buscaron,  
al un lado y al otro dos ladrones  
con sogas en dos palos leban tan,  
y con ber las crueles sinrazones  
ruega por los que allí le maltrataron:  
«Perdona, Padre, a los que me desplaçen,  
pues no saben ni entienden lo que hazen».

Después sobre la túnica y bestido  
algunos suertes por la parte echaron,  
porque lo de Davit fuese cumplido  
y todo lo que aquí prophetizaron.  
Contempla, corazón endurezido,  
lo qu[e]éstos con tu Dios inmenso [h]usaron,  
contempla las desonras que çufría,  
contempla quán sin culpa padecía.

Ya el runrún por las calles se lebanta,  
ya sueña el lloro de mujeres tristes.  
San Juan, que bio muy bien la inpiedad tanta,  
diziendo ba: «O mi Dios, qué tal quisistes»;  
corriendo ba a llamar la Virgen sancta  
Y dízele: «O Señora, el que paristes  
[h]id a mirar qual ba todo de suerte  
que su menor dolor sea la muerte».

«Aguijad, Madre pía desdichada,  
si bibo queréis ber el hijo amado,  
corred, piadosa madre infortunada  
a ver el cuerpo triste lastimado.  
N[os]os turbéis, alma sancta deificada,  
cobrad ánimo agora señalado,



sacad fuerças de aquese pecho sancto  
y para más dolor guardad el llanto».

«Aguijad y veréis v[uest]ro cordero  
entregado con mansa mansedurnbre  
en las manos del lobo carnizero,  
que se exerçita en dalle pesadumbre».  
La aflicta Virgen con el dolor fiero,  
viendo que a su hijo, de sus ojos lunbre,  
ban a dar muerte, o alma, ¿qué haría  
quando la triste y rapta nueva oiría?

Al fin como el dolor lugar le diese  
corriendo aprisa fue por berle bibo.  
Quando llegó la Virgen do pudiese  
besar su hijo en el dolor esquibo,  
como la grita y vozería sintiese  
y el son de muerte horrenda qual cautibo  
rebienta por la boca fáçilmente  
lo que en el corazón aflicto siente.

«Pobre Jesús, ¿qué muerte es ésta, hijo,  
hijo querido mío, qu[é]es aquesto?  
¡De veros tal es ese regozijo  
que lleba aqweste pueblo a mí molesto!,  
cordero manso, ¿qu[é]es aquesto? dixo,  
¡En v[uest]ra tierna [h]edad muerte tan presto!,  
¿Cómo, hijo, permitís que sola quede  
y buestra compañía se me bede?»

¿Qué haré dulce Jesús, regalo mío?,  
sin ti quál quedará la madre triste?  
¿Cómo tu soberano poderío  
inpiedad tan horrible consentiste?  
Pueblo incapaz de lei, cruel, inpío,  
¿cómo a tu criador así ofendiste?  
¡Ay, hijo caro; ay, madre afortunada,  
si en mí fuera su pena executada!»

Çierta muger topó por el camino  
que la faz a Jesús abía linpiado.  
Tal iba que quedó el rostro dibino  
tres vezes en el paño dibujado.  
A la Virgen la dueña luego bino  
y el paño le enseñó en sangre bañado.  
La Virgen, que lo bio, con más quebranto  
de nuebo muebe un tierno y triste llanto.

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

Copyright Universidad de Alicante, Banco Santander  
Central Hispano 1999-2000

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

Llanto de María

El lienço vessa con amor materno  
mojándole con lágrimas continas,  
diziendo: «¿Dónde están, ay Dios eterno,  
v[uest]ras façiones tiernas y dibinas?  
¡Quál debe de ir, Señor, el cuerpo tierno  
de las blasfemas jentes tan indignas,  
maltratado y llagado y todo abierto,  
pues de sudor de sangre bais cubierto!

¿Dónde está el rosicler vañado en sangre?  
No es ésta su color sangrienta y pálida?  
¿Cómo consentís, hijo, se desangre  
el cuerpo de la roja sangre cálida?  
No es bien que consintáis que ansí se sangre;  
pues una gota v[uest]ra sola es bálida  
para la redempçión de todo el orbe,  
bien es que alguna parte, hijo, se estorbe».

El delicado labio tan dulçíssimo  
la porpúrea color de bella rosa  
que la mexillas sacras, amantíssimo  
hijo, cubrían con la graçia hermosa  
¿Quién en un color cárdeno tristíssimo  
mudó v[uest]ra color linda y graçiosa?  
¿Quál fue la açelerada y presta mano

que os mesó el cabello soberano?

¿Quién eclisó, Jesús, los claros soles  
donde tu madre triste se miraba.  
No son éstos aquellos arreboles  
que quando niño yo, mi Dios, vesava.  
El que os quiso mal, hijo, maltratóles,  
pues su luz de otra suerte contenplava  
quando os parí y quando os llebé al templo  
que de aquesta que agora los contemplo.

De Herodes os guardé siendo chiquito,  
porque n[os] diese muerte aquel tirano,  
mas ¿qué me aprobechó, rei infinito,  
escaparos de aquella cruda mano?  
Con presta uída os puse allá en exito  
huyendo su furor tan inhumano,  
mas agora en peor estáis metido  
y todo por aquel que os a ofendido.

Biendo el rastro de sangre que esparzido  
iba corriendo por aquel camino,  
el alma virgen con dolor cresçido,  
perdiendo la color al suelo bino.  
Buelta del parasismo dolorido,  
dize: «Dulçe Jesús, de tu dibino  
cuerpo es aquesta sangre; ¡ay madre triste,  
que tal bes un solo hijo que pariste!»

Al sagrado calbario ya llegada  
con la gran conpañía que allí lleba,  
¿qué haría la madre desdichada  
sintiendo aquel dolor y pena nueba?  
Morirse ya de pena lastimada  
no, que aunque gran dolor de belle prueba  
es coluna çercada y fuerte muro,  
que Hieremías dixo, muy seguro.

La sacrosancta Virgen que le mira,  
mudó el senblante, al rostro delicado  
de tal suerte qu[e] el pueblo ya se admira  
creyendo que [h]era ya su fin llegado.  
Las manos en clabija, el cuerpo estira,  
maltrata el bello rostro deificado  
y quando ya salió del parasismo  
d[e]esta arte ablava con su hijo mismo:

«Hijo querido mío, ¿qu[e]es aquesto?  
¿Quién en un trançe tal os ha traido?  
Quién ese bello rostro ansí os a puesto?  
Quién en tanta manera os ha ofendido?  
Quién de color tan cárdeno y funesto  
v[uest]ro rostro mudó, Jesús querido?,  
Quién, alma beata, alma inmaculada,  
bañó en sangre la cara deificada?

¿No son esos los ojos refulgentes  
que yo solía mirar qual madre dina?  
Ni aquesos los cavellos exçelentes,  
ni es aquesa la boca tan dibina?  
¿Cómo dexáis, mi Dios, entre estas jentes  
una fuerza como esta feminina  
huérfana de mi bien y de mi hermano,  
de esposo, padre y hijo soberano?

¿El cristalino pecho deificado,  
quién de negra color entristezida,  
qual no solía estar, os ha mudado  
que a mí para mirarle dexó abida?,  
¿Quién los braços, Jesús, a lastimado,  
que a mí dexó sin pena meresçida?  
¡Ay, dicha triste, ay, mísera fortuna!  
¿quién apartó dos almas, qu[e]era una?

¿Quién enclavó las sacrosantas manos,  
quién las beda el poder a[n]sí abraçarme?  
Dexadme allá llegar siquiera, hermanos,  
para que pueda ber si puede ablarne.  
Çufrís, Jesús, sin parte d[e]ellos darme.  
¿Quién usó crueldad tan inportuna?  
¿Quién apartó dos almas, qu[e]era una?

Jesús, ¿de hermoso quién os hizo feo?  
Jesús, ¿de bueno quién os hizo malo?  
Jesús, ¿de casto quién os dio ese arreo?  
Jesús, ¿de justo quién os puso a un palo?  
Jesús, de quieto escarneçido os beo.  
Jesús, de bibo muerto ya os señalo  
¿Cómo no tubo piedad alguna  
quien apartó dos almas que [h]era una?

Dulçe Jesús, regalo dulçe mío,  
amores rníos, gloria de mi alma,  
ya por mis venas siento un mortal frío

que mi penosa bida pone en calma.  
Ya de mis ojos se me agota el río;  
¡ay, si gozase victoriosa palma,  
que no puedo çufrir tan dura carga  
sin ti, por quien m[e]es ya la vida amarga!

Amarga bida bibiré penosa,  
penosa bibiré la amarga bida,  
desabrida, cruel, triste, enfadosa,  
enfadosa, cruel y desabrida,  
perdida mi alegría en qualquier cossa,  
en qualquier cosa mi alegría perdida.  
Llorando aguardaré mi muerte larga  
sin ti, por quien m[e]es ya la bida amarga.

Sin ti ninguna gloria será gloria,  
sin ti ningún contento m[e]es contento,  
sin ti me dará muerte la memoria,  
de tan infausto y triste apartamiento,  
porqu[e]e1 proçesso d[e]esta larga istoria  
en mí tendrá presente aquel tormento,  
pues mi morir tan por mi mal se alarga  
sin ti, por quien m[e]es ya [la] bida amarga.»

Quando al pie de la cruz se bio llegada,  
d[e]esta suerte le abló: «¡Ay, hijo caro,  
por bos [h]era de todos muy amada,  
por bos me hon[r]raban, qu[e] érades mi anparo;  
padesco agora afrentas desonrada,  
sin bos, que sois mi bien y mi reparo.  
Mirad qual me dexáis biuda pobre,  
¿Cómo sin bos queréis que bida cobre?»

Cristo, que oyó la madre que lloraba,  
mayor dolor resçive que sentía,  
y con boz que a todos lastimaba  
a su querida madre así dezía:  
«Mujer, bes aí tu hijo»; y al qu[e]estaba  
presente, que san Juan por nombre abía,  
besa, y «tu madre» dixo, «y a la hora  
la resçive por madre y por señora».

Un pequeñuelo título clavado  
Pilatos puso sobre la cruz luego  
con unas letras grandes adornado  
de ebraico carácter, latino y griego.  
«Nazareno Jesús, está estanpado,

Rex Iudeorum», de que burla y juego  
hizieron los qu[e]l título miraron  
y d[e]él escarneçieron y mofaron.

Como leyeron 'Rei de los judíos'  
a Pilatos al punto se quexaron,  
el qual les dixo con airados bríos  
«Lo que escriví escriví», y luego callaron.  
Los que a Jesús miraban con desbíos  
con jestos y bisajes d[e] él burlaron  
diziendo «Si eres rey, de ay deziende  
y en salbar a ti ya nos ençiende.

Tú dixiste que dentro de tres días  
desarías al tenplo edificado,  
y en otros tres lo redificarías;  
pues si tanto poder tienes guardado,  
¿cómo por remediarte no porfías  
pues en un trançe tal as oy llegado?  
A otros dabas bida y buena suerte  
y a ti no te libertas de la muerte».

Él un ladrón de los que allí sabemos  
qu[e]estaban, dixo: «Si eres Dios vendicto,  
sálbate a ti y a nos y cre[h]eremos  
ser tú el Mesías sancto infinito».  
Él otro dixo haziendo mill estremos:  
«Calla, si quieres, ya, hombre preçito,  
qu[e]éste padesçe por agena culpa  
e nos e tú por nuestra y sin disculpa».

Luego de sancto ispíritu movido  
inclina el rostro y dize: «O mag[estad],  
quando seas en tu reino esclareçido,  
acuérdate de mí por tu bondad».  
«Amigo, el Redemptor le a respondido,  
oy en el paraíso de verdad  
serás conmigo». Luego, el rostro alçando,  
dixo al eterno Padre sollozando:

«Heli, Heli, dos vezes, o Dios mío,  
¿por qué d[e]este arte dereliquisti me?»  
«A Dios, dixo, llarna», el pueblo inpío.  
Y luego dixo Cristo: «Grand sed he».  
Ellos corrieron con beloze brío  
y el que d[e]ellos más presto pudo fue  
y el binagre truxo que gustase,

para que más su pena se doblase.

«Elías venga, dicen, benga agora  
a darte bida alegre y descansada».  
Mas viendo el Redemptor que ya la ora  
de su propinqua muerte [h]era llegada,  
y viendo que la jente pecadora  
del poder de Sathán era librada,  
al çielo el rostro alço «Señor, diziendo,  
en tus manos mi espíritu encomiendo».

Muriendo dio la muerte a n[uest]ra muerte,  
dio bida y bida eterna a n[uest]ra vida,  
murió quanto hombre por matar la muerte,  
quanto Dios bibe, qu[e]Él es propia bida.  
Y aunque murió, murió por dar la muerte  
al que pibó la bida a n[uest]ra bida.  
Y inclinando su rostro hazia su madre  
el espíritu rindió al alto Padre.

Ya muerto el Redemptor, un caballero  
alçóse en los estribos muy gallardo  
y con la lanza eniesta muy ligero,  
no se mostrando en la carrera tardo,  
dióle por el costado verdadero;  
del lazio cuerpo ya difunto y pardo  
salió una sangre y agua biba luego  
y a los ojos le bino que [h]era ciego.

Cobró la vista el pérfido atrebido,  
de que se espanta el bárbaro tumulto.  
Y buelto hazia su cassa arrepentido  
lloraba el grabe y cometido insulto.  
A su Dios soberano a conosçido  
y allí conosçe aquel misterio oculto  
que si del cuerpo cobró bista, el alma  
también la cobró allí y meresçió palma.

El claro sol que bio de su alta esphera  
muerto a su Redemptor, muestra tal duelo  
pena tan triste, dolorosa y fiera,  
que de tiniebla cubre el largo suelo.  
El çentro de la tierra en gran manera  
siente el dolor y amargo desconsuelo.  
Las abes ençerradas en sus nidos  
buelben sus cantos sonos doloridos.

Ya el suelo estaba de espantosa niebla  
todo cubierto, pues el çielo cubre  
la alegre cara y todo el [h]orbe aniebla,  
como cosa ninguna se le encubre.  
Luego el biento aconpaña la tiniebla  
llebando todo aquello que descubre.  
Roripióse el velo que en el templo estava  
y el más fuerte y feroz allí tenblava.

Los monumentos todos se abrían,  
las piedras unas con las otras daban,  
muy muchos sanctos muertos resurgían  
que sepultados en la villa estaban.  
Los montes retenblándose gemían,  
las fieras gimen, lloran y bramaban,  
tienbla el caberno biendo mal tamaño,  
mobiendo un alarido y grito estraño.

La mar inchiendo de furiosas olas  
el poder brama y muebe gran tormenta,  
los delfines saltando con las colas  
sienten este dolor de tanta quenta;  
la triste nabe que camina a solas  
haziéndola pedaços la tormenta,  
gruñen marinos mo[n]struos y las focas,  
bramando suenan combatidas rocas.

No le bale a Neptuno muy turbado  
sacar de verdes olas coronada  
la blanca calva, y con tridente airado  
sosegar a la mar con voz cansada,  
que quando bido el biento demasiado  
y la braba borrasca lebantada,  
mirando de las olas el encuentro,  
tenblando se arroxó en el hondo çentro.

Llamando a Phorco, Tetis y Nereo,  
y al padre Oçéano con senblante atento  
les dixo: «Dioses, ¿qu[é] es esto que beo?  
¿No beis de tierra y çielo el sentimiento?  
¿Sabes la causa d[e]esto? di, Proteo».  
Proteo respondió con ronco açento:  
«No sé, señor, jamás se bio tal cossa,  
el çielo y tierra y mar tenpestuosa».

Séte dezir que [e]estando apaçentando  
tus monstruos, tus delphines y tus phocas,



sentí qu[e] el euro y áfrico bramando,  
con el céfiro y boreas no con pocas  
fuerças les bí la tierra y mar llebando,  
haziendo mill pedaços n[uest]ras rocas  
y llebar por la tierra muy airados  
los barbechos, rastros y senbrados.

La dura ençina y el antiguo roble  
derriban por el suelo y rigurosos,  
mostrando cada qual su fuerza doble,  
destruyen edifiçios sumtuosos.  
Nunca se bio este tienmpo tan inmoble,  
pues no estiman tu çetro de furiosos,  
nunca se bio por la troyana armada  
tal borrasca como esta lebantada.

Llorando están las musas olinpiadas  
las marinas Nisea, Drimo y Janto,  
Licoris, Climene, las bellas dríadas  
con las oreadas mueben fuerte llanto.  
Llorando están las ninphas amadriadas,  
náyades y napeas con quebranto,  
tenblando está la mar y el largo suelo  
t[h]emiendo algún furor del alto çielo».

«Hijos queridos, respondió Neptuno,  
gran mal debe de aver, pues tanto suena,  
y si el suelo se bengá [a]sí de alguno,  
haga en buena ora su bengança buena,  
no salga de bosotros tan solo uno,  
asta qu[e]esté la mar mansa y serena».  
Con esto en lo más hondo se arrojaron  
los dioses que a Neptuno aconpañaron.

La diosa Telus con su ançiana cara  
asta las largas tetas echó fuera,  
el flaco cuerpo de mirar no para  
el monte, el prado, el soto y la ribera,  
y los hundidos ojos que espantara  
a qualquier hijo suyo que la viera  
esparçe por el ancho y largo suelo,  
bolbiéndolos de en quando en quando al çielo

Saca sus verdes y húmidos cavellos  
sus pies y negras manos adornadas  
de raíces muy fuertes y be en ellos  
sus brotadas ijuelas destroçadas.

Ve en el suelo sus hijos y de bellos  
tuerçe sus largas manos enramadas  
y algando un çeptro q[ue] [h]era un grueso tronco  
abló con baja boz y açento ronco.

«¿Qu[é] es esto, quién os muebe a cruda guerra?  
Qué nobedad es esta tan estraña?  
Quién tiene tal poder que al suelo atierra  
las selbas, montes, bosques y montaña?  
No soi la reina y diosa de la tierra?  
Quién mi inperio destruye asuela y daña?  
De mí se guarde, que si yo le encuentro,  
abriéndome le haré bajar al çentro».

Ansí dixo y mirando al alto çielo  
sintió que aquel furor de allá venia  
y con terror y themeroso çelo  
dio un restrallido y todo estremezía  
Retunba el eco por el ancho suelo  
y por el mundo todo se estendia,  
ella con el bastón abriendo el monte,  
hundióse hasta los reinos de Acheronte.

Del espantable golpe el reino fiero  
con paboroso estruendo muebe un grito  
que el pecho estremezió del rei sebero  
y atrás bolbió la estigie y el cozito  
con aulladora boz, y el cançerbero  
tiene el infierno tímido y aflito,  
quebranta las cadenas espantosas  
de que dexa las almas temerosas.

Huye la reina del inferno lago,  
a los braços plutónicos se acoje.  
Plutón, turbado del horrendo estrago,  
la negra sangre al corazón recoxe,  
dízele Proserpina: «Lo que hago,  
esposo y caro amigo, no te enoje,  
qu[e]el fiero estruendo de la tierra es tanto  
que a penetrado el çentro del espanto».

Plutón, mirando la inquietud estraña,  
dize: «¿Quién es aqueste que en mi reino  
tal alboroto muebe?, ¿quién me daña  
dentro de los palacios donde reino?  
No soi yo aquel que en la infernal montaña  
mi barba y mi cabello estiando y peino

con paz y quietud mansa y tranquila?,  
quien mi gozo perturba y aniquila?»

Aquesto dixo y luego al mundo inbía  
sus espantosas idras mensajeras  
para saver la nobedad que abía;  
las quales llenas de culebras fieras  
conbocan la enemiga compañía  
y las pintadas alas muy ligeras  
estienden con horrísono ruido  
dexando el fiero bosque ennegreçido.

Alma, contenpla aqweste gran tormento,  
y si esto siente el mar, infierno y suelo,  
con razón harás tú más sentimiento,  
pues causa fuiste de tan grave duelo.  
Siente su muerte, siente el fin biolento,  
para dar a tu bida algún consuelo,  
contenplando y llorando harás dos fuentes,  
que a sus sagrados pies lleguen corrientes.

Siendo ya tarde como aquesto vieron  
dos honbres ricos que a Jesús miraban,  
ser el Hijo de Dios con fe creyeron  
por las grandes señales que notavan.  
Entranbos juntos a Pilatos fueron  
y el cuerpo de Jesús le demandaban.  
Pilatos se admiró de que [h]era muerto  
y estaba temeroso y muy inçierto.

Luego les dio liçençia que quitasen  
el cuerpo del Señor. Ellos se fueron.  
[H]orden buscaron como lo llebasen  
y una sábana blanca allí truxeron.  
Y como ya a Jesús desenclabasen  
en braços de la Virgen le pusieron,  
la qual el rostro pálido besava  
y el cuerpo sacro en lágrimas bañaba.

Contenpla, o alma, el grave llanto  
que haría la aflicta Virgen dolorosa,  
el aire y tierra muebe a su quebranto  
mirando tal aquella efigie hermosa.  
Contenpla los cuchillos que aquel sancto  
Simeón le anunció de muerte odiosa  
quando en sus braços meresçió en el templo  
t[h]ener del mundo la virtud y exenplo.

La aflicta Virgen con su rostro junta  
el de su hijo, que la efigie clara  
de la madre, que en él está trasunta,  
tiñe aquella velleza al mundo rara.  
La faz del hijo triste e ya defunta  
en lágrimas maternas de su cara  
está bañada y aunque está callando  
aquesto con el alma le está ablando:

«O lumbre eterna, o lumbre esclaresçida,  
o hermosura clarífica afeada,  
¿Quién fue de tanto mal crudo omiçida?  
¿Quién os dio aquesta muerte açelerada  
O gran bondad, inmensa y sin medida,  
o umildad soberana despreçiada?  
Dijísteme, ángel, ser de graçia llena,  
besme aquí llena de dolor y pena.

O hijo mío, ¿qué tormento es éste  
que para tienpo tal se me guardava?  
¿Qué consuelo e de allar en lo terrest[r]e  
que preste alibio a mi congoja braba?  
Consuele mi alma tu poder çeleste  
qual algún día, ay Dios, me consolava.  
¡Ay, qué dulçes consuelos resçevía,  
ay, dulçes prendas, quando Dios quería.

¡O prendas que algún día fuistes prenda  
de aquella alma dibina que ençerrastes,  
por quien mi alma y corazón se prenda,  
que con eterna prenda los prendastes!  
Agora es bien, o prendas, que yo aprenda;  
otro tienpo es de aquel que me enseñastes  
quando libre bibía descuidado  
y me [h]era amigo mi infelice hado.

Mi desbentura y llanto bino a tienpo  
que yo gozava quietud tranquila,  
paz, gloria, honor, descanso, pasatienpo,  
aunqu[e] esta ora adibinéla y bila.  
Corren las oras y el ligero tienpo,  
la gloria [se] acaba, todo se aniquila.  
O prendas, pues os bais con mi alegría,  
tomad aquesta mísera alma mía.

Vase la bida, biénese la muerte,

el bien fenesçe, el mal jamás se acaba,  
no tira a nadie el arco que no açierte,  
duras son las saetas de su aljava,  
o çielos, o fortuna, o parca, o suerte,  
executad en mí la fuerza braba,  
enbiadme presto a ber a mi hijo amado  
y dad fin dulce a mi mortal cuidado.

Contempla, pues, agora, piedra dura,  
el dolor de la Virgen dolorosa  
mírala çierta de su desbentura;  
mira la tierna faz triste y llorosa,  
dexa ya de seguir vana locura,  
que corre n[uest]ra bida presurosa  
y callándose biene sosegada  
la repentina muerte açelerada.

Contempla el llanto que san Juan haría  
viendo al querido primo lastimado.  
«O mi querido primo, le dezía,  
¿quién tan horrible muerte os a causado?  
Ayer estuve, o claro sol del día,  
en aquese regazo recostado,  
que agora con gran ansia y gran tristura  
beo llagado por mi desbentura.

Ay, dulce primo, si este sentimiento  
quiere t[h]ener en pie mi amarga bida  
no es porque yo de beras no lo siento  
mas porque no es tu boluntad cunplida.  
Tu cruda muerte y áspero tormento  
del cuerpo tiene mi alma dibidida.  
De nuebo sentir quiero tus cuidados,  
llorad sin descansar, ojos cansados».

Cansados ojos que miráis los ojos  
que os daban luz de resplandor dibino;  
ojos que beis los míseros despojos  
de v[uest]ro dulce capitán benigno,  
sentid con nuebas ansias sus enojos  
y este dolor que durará continuo;  
jamas çeséis hasta que estéis cerrados.  
Llorad sin descansar, ojos cansados.

Mientras que dentro del corpóreo velo  
mi triste alma bibiere aposentada,

y hasta que el cuerpo dé la deuda al suelo  
y vuelva en tierra lo que es tierra y nada,  
y hasta que sea voluntad del cielo  
que acabe aquesta vida desdichada,  
en dos corrientes ríos transformados,  
llorad sin descansar, ojos cansados.

«Maestro mío y el que más estimo,  
no bibe yo tan sola una ora,  
el corazón con fiero llanto oprimo,  
que desfallezca y muera luego a la ora.  
Mi Redemptor, mi Dios, mi dulce primo  
¿qué hará sin vos el alma que os adora?  
Qué hará sino llorar mis tristes hados?  
Llorad sin descansar, ojos cansados».

Contempla el llanto de las tres Marías,  
que al de la Virgen sacra acompañaba,  
y lo que tú, o Magdalena, arías  
viendo a tu Dios querido qual estaba.  
¿Qué arías de tus ojos, qué dirías?  
No tanto quanto el corazón pasava,  
pues desecha en suspiros y tormento  
dirías con amargo sentimiento:

«Maestro caro, bien del alma mía,  
vesaros quiero aquesos pies dibinos  
y con dolor y pena noche y día  
llorando acabaré mis desatinos.  
Lánguidos ojos míos, boca fría,  
mienbros de tanto mal y daño indignos,  
en llanto iré los míos deshaziendo,  
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Corred aprisa, lágrimas [h]ardientes,  
abrasad las mexillas desdichadas;  
inpriman sendos surcos las corrientes  
por donde baxen con furor lanzadas,  
sean mis ojos desde oy más dos fuentes  
no del estío secas ni agotadas  
y para començar lo que pretendo,  
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Quán diferentes vi los pies sagrados,  
quando en aquel conbite de mi vida  
fueron con bibas lágrimas bañados  
de aquesta triste y mísera aflixida.

Luego con mis cabellos enjugados  
de mi pasada vida arrepentida.  
¡Ay, quales los estoy agora viendo!  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Allí vi v[uest]ro rostro delicado,  
v[uest]ra hermosura çelestial sagrada  
quedó mi corazón de vos prendado  
quedó el alma de vos enamorada  
¡y cómo agora os veo maltratado!  
La dulce boca cárdena y morada  
estoime entre mí misma consumiendo.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo».

La Virgen, pues, qué haría en tanto aprieto  
no se puede dezir, porque fue tanto  
que del dolor más íntimo y secreto  
daba muestras el largo y tierno llanto.  
Allí clamor sanctísimo y perfecto  
mostrava muy de veras su quebranto,  
pues lágrimas corriendo hilo a hilo  
sobre el regazo fundan otro Nilo.

De los cansados braços le quitaron  
y en un labrado y nuevo monumento  
el soberano cuerpo sepultaron,  
mobiendo todo el mundo a sentimiento.  
Aquí las penas todas acabaron  
de nuestro Dios, aquí acabó el tormento,  
quedó el género humano libertado  
del fiero capitán encadenado

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

Copyright Universidad de Alicante, Banco Santander  
Central Hispano 1999-2000

Los cinco Misterios dolorosos de la pasión y muerte  
de Nuestro Señor Jesucristo, con su Sagrada Resurrección  
Lope de Vega

## Resurrección de Cristo

Fenezca agora ya el amargo llanto,  
çese la pena, angustia y agonía,  
no corran tristes lágrimas en tanto,  
y si corrieren corran de alegría,  
comiénçese el glorioso y dulce canto  
del fausto, alegre y benturoso día,  
suenen en las dibinas gerarquías  
flautas, dulçainas, arpas, chirimías.

Y tú que me sacaste a feliz puerto  
de la tormenta d[e]este mar airado,  
adonde el escapar me fuera inçierto,  
si no me ubiera tu favor librado,  
para que cante yo gozo tan çierto  
de nuebo aliento sea yo inspirado:  
que tu ayuda pretendo, quiero, elijo,  
qual quise en la tristeza, en regozijo.

Ya el alma deificada, sacrosancta  
de aquel inmenso rei del çielo eterno  
con nueba luz que al çentro obscuro [e]spanta  
bajava a las cabernas del infierno,  
quando mirando la potencia tanta  
del azedor supremo senpiterno  
los crueles espíritus de males  
çesaron los tormentos infernales.

La fiera Alecto, llena de culebras,  
paró el tormento de su suerte fiera  
paró la estigie de sus aguas negras,  
el raudoson horrible por manera  
por las infinas venas haze quiebras,  
huyendo aquella luz de que se altera,  
desanpara la varca el viejo horrible  
el rostro asconde de la luz bisible.

Las tres gargantas gruñen reziamente,  
resuena el son de grillos estrupendo  
el ediondo coçito la corriente  
atrás bolbió del resplandor huyendo.  
Las hijas de la noche tristemente  
pararon e Yxión paró atendiendo,  
el águila paró aquel exerçicio



que da tormento al miserable triçio.

Rugen las furias Tesifón, Mexera,  
por los çerrados bosques dan bramidos  
los seraphines malos que la fiera  
arrogançia los hizo destruidos,  
cada qual brama, tienbla, huye, altera  
y diçen con rabiosos alaridos  
«¿Quién es éste que viene poderoso?  
jamás bino aquí hombre tan furioso».

Juez parece, no deudor culpado,  
él viene a pelear y no a penar;  
si escuridad traxera de pecado,  
no osara con tal luz y osadía entrar;  
Si es hombre ¿cómo tan audaz a entrado?  
Si es Dios ¿qué tiene aquí en este lugar?  
¿Qué haze en el sepulchro el Dios eterno?,  
qué tenga agora que ber en n[uest]ro infierno?

Llegando al triste muro muy triumphante  
dixo «Aperite portas». Esto oído,  
responde la canalla en voz sonante:  
«¿Quién eres tú que así tan atrebido  
n[uest]ros intactos muros de diamante  
tocaste y la tiniebla as corronpido  
con resplandor que a n[uest]ra vista atapa  
y el çentro más obscuro desatapa?

A la terçera vez que aquesto dixo  
las puertas del caberno dan en tierra,  
entró la luz con grande regozijo  
y la escuridad triste a l[o]ondo ençierra,  
Cada espíritu busca su escondixo  
mobiendo entre sí mismos cruda guerra,  
dan tristes alaridos espantosos  
por los bosques oscuros tenebrosos.

«O cruz, dezían, que nos has burlado,  
nosotros nuestro mal mismo rodearnos».  
El fiero rei horrendo dize airado:  
«Espíritus sequazes ¿qué esperamos?  
perdido es n[uest]ro reino y n[uest]ro estado,  
nosotros n[uest]ro linbo despojamos;  
ya no ay más que temer, todo es perdido,  
ya queda el mundo triste redimido».

Los patriarchas sanctos, q[ue] esperando  
estaban su dibino adbenimiento,  
postráronse a sus pies todos llorando  
lágrimas que nasçieron del contento,  
Los dos padres primeros alegrando  
la conpañía con alegre açento  
le diçen: «O Señor, y cuántos días  
a que os esperan estas conpañías.

Venido avéis, veatífica [e]sperança,  
a remediar la culpa y el pecado.  
Oy gozamos la bien aventuranza  
que tantos años emos esperado.  
Las penas de tan áspera mudança,  
que meresçemos por aver [h]errado  
sufrir os hizo, amor, con su grandeza  
y siendo de tan áspera aspereza»,

Allí los patriarchas humillándose  
con inefable gloria y reberença  
mill cossas le dezían alegrándose  
de verse ya delante su presençia.  
En ella están los viejos transportándose,  
llorando lo que hizo su dolença.  
Jesús aquellas lágrimas linpiando  
mill consuelos dibinos está dando.

Allí el sancto vaptista se alegrava  
y el biejo Simeón, que estava ufano,  
dezía el biejo, que a su Dios mirava:  
«Gloria te cante el çielo soberano».  
Por quán bien enpleados Cristo dava  
los trabajos, que no eran nada en bano,  
biendo el fruto que d[e]ellos ya salía  
y el gozo grande de su conpañía.

Las calbas sacan todos laureadas  
de verde lauro y arrayán florido,  
las pías sienes todas coronadas  
en loor del vençimiento esclareçido.  
Ya pasava las límites bedadas  
el esquadron, que en torno ba esparzido  
cantando sacros innos soberanos,  
asidos todos de las sanctas manos.

¡O almas veatas, sacrosanctas, vellas,  
o almas libres de la pena estraña,

o almas quán sin miedo de t[h]emellas  
vais tras el Criador, que os aconpaña!  
¡O almas refulgentes más que estrellas,  
ninguna pena de otra pena os daña!  
Id, almas pías de inmortal memoria,  
a gozar ya la deseada gloria.

Mirando el esquadrón tan hermosísimo  
de hermosos viejos todos coronados,  
llora el caberno triste en son tristísimo  
biendo cantar los biejos venerados.  
El estrupendo son espantosísimo  
retunba por los montes y collados,  
gime Luzbel su pena encareçida,  
renobando de nuebo su caída.

Lloran aquellos que con él cayeron  
mirando que ban ya [a] ser ocupadas  
aquellas altas sillas que perdieron.  
Sienten de nuebo penas ya pasadas,  
pagan el arrogancia que tubieron  
y con penas crueles y dobladas  
quedan llorando en el profundo infierno  
y las almas cantando en cielo eterno.

Llegada ya la ora y sancto punto  
que Jesucristo avía determinado,  
el alma sancta entró en aquel difunto  
cuerpo, que en el sepulchro abía quedado,  
estando el cuerpo con el alma junto.  
No puede de mi pluma ser contado  
quán hermoso quedó y resplandesçiente  
y más que el mismo Febo refulgente.

Qual blanca rosa que la noche fría  
marchita dexa y luego a la mañana,  
salido el sol, con el calor del día  
la buelbe más hermosa y más lozana,  
ansina el sacro cuerpo quedaría  
con el sol de su alma soberana  
en triumpho de beata y sancta suerte  
triumphando alegre de la triste muerte.

Este es Josep, que de la cárçel sale  
echo señor de Exito y su partido,  
éste es Moisés, que del amor se vale  
para que pharaón sea destruido.

Mardocheo es éste a quien dan el 'bale',  
que a su enemigo muerto e ya bençido  
en su cruz misma con potençia fuerte  
liberta a todo el pueblo de la muerte.

Este es el sancto Daniel salido  
del lago de los leones temerosos,  
sin que algùn daño ubiese resçivido  
de aquellos animales espantosos.  
Este es Jonás en Nínive venido,  
éste es Cr[ist]o de males peligrosos  
salido, pues la muerte no le puede  
tener, que no aya deuda que le aquede.

Aqueste es por quien somos redimidos,  
aqueste es por quien somos libertados,  
éste es quien con trabajos doloridos  
pasó muerte por todos los pecados;  
éste que trae los sacros pies heridos,  
los braços y el costado traspasados,  
es Jesús nazareno, y las heridas  
son de amor soberano enriquezidas.

Contempla agora alegre, ánima mía,  
el gozo de los çielos y la tierra,  
que viendo de sus hijos la alegría,  
el amargo dolor de sí destierra.  
Mira qual en el alta gerarchía,  
donde la corte çelestial se ençierra  
dizen los paraninphos a millares,  
alegres salmos, himnos y cantares.

El sol cobra de nuebo nueva lumbre,  
soplan Fabonio y Çefiro tenplados,  
no lleban ya por montuosa cumbre  
los robles, ni en los llanos los senbrados.  
Con lento paso y pía mansedunbre  
rodeado y cubierto de pescados  
la cabeça Neptuno saca fuera  
y espántase de ver la mar sebera.

Vela de muy furiosa, muy tenplada  
sin bulliçio ninguno lebantada  
ve toda la borrasca sosegada  
y el diáphano viento sosegado.  
Entendió que la furia [h]era pasada  
del çielo y como ya estaría bengado,

surcando el mar se arroja con tal gana  
que mobió gran montón de espuma cana.  
FIN